

Recuento de Juan José Arreola

José Luis Martínez
Academia Mexicana de la Lengua

La personalidad de Juan José Arreola (Zapotlán, hoy Ciudad Guzmán, Jalisco, el 21 de septiembre de 1918 - Guadalajara, Jal., el 3 de diciembre de 2001) es única en el panorama de nuestras letras. Enjuto, nervioso, extrovertido, locuaz, fue un juglar burlesco cuya pasión dominante fue la palabra. Él mismo nos contó su vida en una página preciosa:

Yo señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán hace cien años. Pero nosotros seguimos siendo tan pueblo que todavía le decimos Zapotlán. Es un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño [...].

Nací el año de 1918, en el estrago de la gripa española, día de San Mateo Evangelista y Santa Ifigenia Virgen, entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros, caballos. Di los primeros pasos seguido precisamente por un borrego negro que se salió del corral. Tal es el antecedente de la angustia duradera que da color a mi vida, que concreta en mí el aura neurótica que envuelve a toda la familia y que por fortuna o desgracia no ha llegado a resolverse nunca en la epilepsia o la locura. Todavía este mal borrego negro me persigue y siento que mis pasos tiemblan como los del troglodita perseguido por una bestia mitológica.

Como casi todos los niños, yo también fui a la escuela. No pude seguir en ella por razones que sí vienen al caso pero que no puedo contar: mi infancia transcurrió en medio del caos provinciano de la Revolución Cristera. Cerradas las iglesias y los colegios religio-

sos, yo, sobrino de señores curas y de monjas escondidas, no debía ingresar a las aulas oficiales so pena de herejía. Mi padre, un hombre que sabe hallar salida a los callejones que no la tienen, en vez de enviarme a un seminario clandestino o a una escuela de gobierno, me puso sencillamente a trabajar. Y así, a los doce años de edad entré como aprendiz al taller de don José María Silva, maestro encuadernador, y luego a la imprenta del Chepo Gutiérrez. De allí nace el gran amor que tengo a los libros en cuanto objetos manuales. El otro, el amor a los textos, había nacido antes por obra de un maestro de primaria a quien rindo homenaje: gracias a José Ernesto Aceves supe que había poetas en el mundo, además de comerciantes, pequeños industriales y agricultores [...].

Soy autodidacto, es cierto. Pero a los doce años y en Zapotlán el Grande leí a Baudelaire, a Walt Whitman y a los principales fundadores de mi estilo: Papini y Marcel Schowb, junto con medio centenar de otros nombres más o menos ilustres... Y oía canciones y los dichos populares y me gustaba mucho la conversación de la gente de campo.

Desde 1930 hasta la fecha he desempeñado más de veinte oficios y empleos diferentes... He sido vendedor ambulante y periodista; mozo de cuerda y cobrador de banco. Impresor, comediante y panadero. Lo que ustedes quieran.

Sería injusto si no mencionara aquí al hombre que me cambió la vida. Louis Jouvét, a quien conocí a su paso por Guadalajara, me llevó a París hace veinticinco años. Ese viaje es un sueño que en vano trataría de revivir; pisé las tablas de la Comedia Francesa: esclavo desnudo en las galeras de Antonio y Cleopatra, bajo las órdenes de Jean Louis Barrault y a los pies de Marie Bell.

A mi vuelta de Francia, el Fondo de Cultura Económica me acogió en su departamento técnico gracias a los buenos oficios de Antonio Alatorre, que me hizo pasar por filólogo y gramático. Después de tres años de corregir pruebas de imprenta, traducciones originales, pasé a figurar en el catálogo de autores (*Varia invención* apareció en Tezontle, 1949).

Una última confesión melancólica. No he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías a Franz Kafka. Desconfío de casi toda la literatura contemporánea. Vivo rodeado por sombras clásicas y benévolas que protegen mi sueño de escritor. Pero también por los jóvenes que harán la nueva

literatura mexicana; en ellos delego la tarea que no he podido realizar. Para facilitarles, les cuento todos los días lo que aprendí en las pocas horas en que mi boca estuvo gobernada por el otro. Lo que oí un solo instante a través de la zarza ardiente.

(“De memoria y olvido”, *Confabulario*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1971).

Arreola dedicó, en efecto, sólo un par de décadas de su vida al ejercicio de la literatura escrita. En 1943, cuando contaba veinticinco años, publica en Guadalajara sus primeros cuentos. En 1963, a los cuarenta y cinco de su edad, aparece *La feria*, su último libro formal. Pero, además, de sus libros, hace muchas otras cosas en estos años fecundos.

Es actor en el Teatro de Media Noche, que dirigía Rodolfo Usigli. Y en 1947, en la única representación de *Corona de sombra*, la obra magna de nuestro dramaturgo, Juan José hace el breve papel del general Miramón. En la conversación final que tiene Maximiliano con los generales mexicanos que le acompañarían en la muerte, el Emperador les ofrece unos puros. Estos debieron ser viejos y de mala calidad, y Arreola, que nunca había fumado, palideció y estuvo a punto de desmayarse por la náusea.

El editor y el promotor cultural

En 1950, cuando aún no se prestaba gran atención a las nuevas letras (la colección Letras Mexicanas, del Fondo de Cultura Económica, se iniciaría en 1952), Arreola se hace editor con la colección de plaquettes de Los Presentes, editados con pulcritud y que continúan hasta 1953. Publica allí hermosos textos de Pellicer, Henestrosa, Mejía Sánchez, Monterroso, Pascual Buxó, Tario, García Terrés, Bonifaz Nuño, dibujos de Soriano, y cinco de los mejores *Cuentos* (1950) del propio editor.

Aparte de las plaquettes, en 1954, Arreola edita los primeros 50 títulos de la colección de libros también llamados Los Presentes. Junto a textos de escritores mayores, en esta serie da a conocer una legión de escritores jóvenes: Carlos Fuentes y Julio Cortázar se cuentan entre ellos. Y en fin, en 1958 y 1959 publica 28 Cuader-

nos del Unicornio, que divulgan obras iniciales de escritores como Uranga, Lizalde, Pacheco y Del Paso, entre otros.

La vocación de Juan José Arreola para guiar los pasos de los escritores jóvenes ha sido ciertamente memorable. Creo que él inició los Talleres Literarios. La revista *Mester* (1964-1967), que dirigió Arreola, recoge en sus doce números los primeros textos de escritores luego destacados, como José Agustín, Elsa Cross, Hugo Hiriart, Federico Campbell, José Carlos Becerra, Homero Aridjis, Jaime Sabines, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis y Vicente Leñero, entre los más notorios. El novelista José Agustín reconoció las enseñanzas de Arreola con estas palabras:

Era universal, la verdad. Estaba todo el mundo y a todo el mundo le entregaba tiempo. Y a todos nos dio, primero que nada, unas nociones de identidad propia; nunca quiso obligar a la gente a que escribiera bajo determinados patrones. Tenía la capacidad inmensa de poder reconocer los estilos incipientes de cada quien y ayudarlo a desarrollar su estilo. ("Arreola influenció a todos los de *Mester*", *Unomásuno*, México, 26 de junio de 1985.)

Siempre atraído por el teatro, en 1956 Arreola organizó el primer programa del innovador ciclo llamado Poesía en Voz Alta, con una selección de poesía y teatro españoles y de piezas breves de García Lorca. En la presentación que escribió para el ciclo dice que pretenden "jugar limpio el antiguo y limpio juego del teatro". Arreola fue uno de los recitadores y actores en este primer programa y en algunos de los siguientes de este ciclo de tan buena memoria.

Y además de actor, editor y guía de los jóvenes escritores, Arreola fue ajedrecista, jugador de ping-pong, ciclista y aficionado a las encuadernaciones nobles, a los cristales bellos y a las viejas levitas. Y es también un escritor excepcional.

Varia invención

Cuando se publicó *Varia invención* en 1949, un aire nuevo y fresco llegó a las letras mexicanas.

Reaparecería la vida pueblerina, en cuentos como “Hizo el bien mientras vivió”, “El cuervero”, “Carta a un zapatero”, y “La vida privada”, pero vista con malicia burlona.

Y había muchas novedades: cuentos de temas de historia antigua y de cuestiones teológicas; fantasías de sabor kafkiano y un “Monólogo del insumiso”, en el que el innostrado Manuel Acuña cavila sobre el porvenir de sus versos. La novedad aparecía con un aire festivo, a veces socarrón y en un lenguaje manejado con destreza y ajustado siempre a la índole de sus temas. En el último de los cuentos mencionados, por ejemplo, hay un complejo juego de alusiones a personajes y hechos relacionados con la historia del poeta: los amores con la lavandera, el memorialista Guillermo Prieto y la Dulcinea, que se llamaba Rosario de la Peña, y juicios sobre la poesía de Acuña, consignados en el monólogo del poeta que ha decidido suicidarse. El resultado es sugestivo, lo mismo para quien lee el cuento ignorando sus alusiones como para el que disfruta sus entretelas.

Confabulario

En el libro siguiente de Arreola, *Confabulario* (1952), las promesas de *Varia invención* se multiplican y los veinte cuentos son espléndidos. Forzando la selección, puede destacarse “El guardagujas”, atroz fantasía sobre nuestros trenes (que tiene alguna relación con cuentos afines de Charles Dickens y de Álvaro Mutis, según lo mostró Sara Poot Herrera); “El discípulo”, acerca de dos aprendices de Leonardo y su búsqueda de la belleza; “La canción de Peronelle”, sobre el poeta francés Guillaume de Machaut; el conmovedor “Epitafio” que cuenta la vida de François Villon; “El lay de Aristóteles” que recrea una leyenda medieval acerca del Filósofo; los “Apuntes de un rencoroso”, variación sobre los celos; y el ingenioso “*Baby H. P.*” que expone la posibilidad de aprovechar la energía que despilfarran los niños.

En los años siguientes al primer *Confabulario* de 1952, Arreola escribió nuevos cuentos que añadió en las ediciones posteriores (*Confabulario total* [1941-1961], y *Confabulario*, en la edición de *Obras de J. J. Arreola*, de Joaquín Mortiz, de 1971) a los que llamó

“Prosodia”. Entre ellos hay nuevas obras maestras: “Coktail Party”, que se refiere de nuevo a Leonardo, ahora con Mona Lisa; la preciosa y desesperada “Balada”; “Tú y yo”, otra variante del conflicto de la pareja; “Anuncio”, que lo es de una mujer de plástico cuyos atractivos se ponderan así: “Nuestras damas son totalmente indeformables e inarrugables, conservan la suavidad de su tez y la turgencia de sus líneas, dicen que sí en todos los idiomas vivos y muertos de la tierra [...] Nuestras Venus —añade el Anuncio— están garantizadas para un servicio perfecto por diez años —duración promedio de cualquier esposa—”. Y siguen otros cuentos notables sobre temas femeninos: el extraño acerca de “Una mujer amaestrada”, y la inquietante “Parábola del trueque” que comienza como sigue: “Al grito de ‘¡Cambio esposas viejas por nuevas!’ el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su convoy de pintados carromatos”. Y en el tomo llamado *Palindroma* (Ed. de Joaquín Mortiz, 1971) hay dos textos muy sugestivos: el relato extenso “Tres días de un cenicero”, que refiere el encuentro de una estatua antigua en la laguna de Zapotlán, y “El himen en México”, que tomé por muchos años por una fantasía arreolesca, hasta que supe que el libro existe. Su autor es Francisco A. Flores, se publicó en México, en 1885, en 99 páginas y con 16 ilustraciones de señoritas despernacadas. La Biblioteca de México José Vasconcelos tiene un ejemplar, Juan José Arreola tiene otro y aún yo lo tengo ya, y procuraré publicarlo, con estudios, en una colección de “Libros raros y curiosos”.

¿Por qué son fascinantes los cuentos y las prosas narrativas de Juan José Arreola?

Puedo proponer estos motivos: la novedad de sus temas, su humor malicioso, la perfección de su elaboración y la calidad de su estilo. Al panorama temático de nuestros narradores, restringido a temas rurales y a experiencias personales, Arreola le descubre las posibilidades de la imaginación, el mundo de los artistas y poetas y su búsqueda de la belleza (Aristóteles, Leonardo, Villon, Machaut, Badajoz, Góngora, Acuña, González Martínez), de personajes y hechos históricos y de obras científicas intrincadas. Y nuestro cuentista logra transmutar estos temas hasta volverlos entrañables y emocionantes. Otro tanto hace con cuestiones teológicas y morales como el libre albedrío, la predestinación y el drama de estar

en el mundo. El dicho bíblico sobre la salvación del alma de los ricos y el camello que pase por el ojo de la aguja, le inspira un cuento precioso, "En verdad os digo".

La mujer

El mundo de la mujer, el amor y el destino de la pareja conyugal suelen ser el campo de un humor maligno y de fantasías crueles y resentidas. Para Arreola, el erotismo es como una fascinación de abismo y perdición. "Todo lo que he escrito —dijo Arreola— es el terror de saberme responsable y solo. Mi aspiración ha sido perderme. Las mujeres han sido trampas temporales y accidentales. Y tengo la necesidad de ser devorado". Al mismo tiempo, ha reconocido el peculiar talante de su humor:

Me siento feliz de haber desembocado en humorista. Quizá lo que más pueda salvarse de mí es el soplo de broma con que agito los problemas más profundos, ya sean floraciones del mar o floraciones celestes. Lo mismo hablaría yo de las negruras del abismo que de las alturas de la luz. Allí el viento de mi espíritu se mueve con una sonrisa macabra y funesta. Tal vez tengo una incapacidad para tratar en serio los grandes temas. Necesito salirme por la tangente de la piqueta. (*Y ahora, la mujer...*, Utopía, México, 1975).

La composición y estilo de los cuentos y fantasías de Arreola es una rara combinación de finura, imaginación y precisión. Sabe condensar en los rasgos expresivos más eficaces la materia de sus historias. Marcel Schwob, el escritor a quien más debe la prosa de Arreola, decía que el objetivo del arte biográfico debería ser el de captar los rasgos únicos, distintivos de la vida del personaje, lo que constituye su identidad fundamental, su parábola propia, a ninguna otra semejante, en el firmamento de la vida colectiva. Los textos de Arreola que se refieren a personajes cumplen este propósito, con gracia y agudeza. Y otro tanto hace con sus criaturas imaginarias, encontrando siempre su rasgo único. De ahí su eficacia.

En sus textos más elaborados, Arreola prefiere las frases cortas y su adjetivación es de calidad excepcional. Borgeana, podría añadirse. Nunca es adorno gratuito.

*Bestiario y otros textos*¹

El *Bestiario* (1959), que acompañan dibujos de Héctor Xavier, es un ejercicio de observación y de inteligencia, en prosas de concisión e intensidad admirable para captar lo distintivo de los 23 animales o familias que describe. Detengámonos, como muestra, en las focas:

Perros mutilados, palomas desaladas. Pesados lingotes de goma que nadan y galopan con difíciles ambulacros. Meros objetos sexuales. Microbios gigantescos. Creaturas animadas de vida infusa en un barro de forma primaria, con probabilidades de pez, de reptil, de ave y de cuadrúpedo. En todo caso, las focas me parecieron grises jabones de olor intenso y repulsivo.

En alguna entrevista, Arreola observó que “el animal es el espejo del hombre [...] En el animal vemos nuestra caricatura, que es una de las formas artísticas que más ayudan a conocernos” (*Y ahora, la mujer...*, p. 86).

Arreola escribió conceptuosos sonetos y décimas en su juventud, que sólo coleccionó y publicó bajo el nombre de *Antiguas primicias* en Guadalajara, en 1996. Y probó el teatro en dos piezas en un acto, *La hora de todos* (1954), interesante y traducida al francés, y *Tercera llamada* (1971), quizá su única obra prescindible; e hizo

¹ José Emilio Pacheco ha contado cómo se realizó el texto del *Bestiario* (“Amanuense de Arreola”, *Proceso* 1310, 9-XII-20001, pp. 78-79). La UNAM, por conducto de Enrique González Casanova, encargó un libro a Arreola y le anticipó el pago, pero fijó un plazo para la entrega. Éste se vencía y la Universidad exigía el cumplimiento o la devolución de su dinero. José Emilio se decidió a intervenir y se presentó al departamento de Arreola el 8 de diciembre, una semana antes de la fecha límite, y lo conminó a que le dictara. Juan José se tendió en el catre, se tapó los ojos y preguntó: “¿Por cuál empiezo?”, “Por la cebra”, le contestó José Emilio.

Entonces, como si estuviera leyendo un texto invisible, empezó a fluir de sus labios... “La cebra toma en serio su vistosa apariencia, y al saberse rayada, se entigrece[...]. Y así, el 14 de diciembre escuché el final del libro [...] Enrique González Casanova recibió el manuscrito el día señalado. A comienzos de 1959 la UNAM editó *Punta de Plata* [o *Bestiario*] con los dibujos de Héctor Xavier.

buenas traducciones del francés de textos de su predilección, especialmente de Paul Claudel (reunidos en *Bestiario*, J. Mortiz, 1972).

Uno de estos poemas, "Corimbo del otoño", del inglés Francis Thompson (1859-1907), fue traducido al francés por Claudel y al español por Arreola. De los tres textos, más un prologuito de J. J. A., Mario del Valle hizo una suntuosa edición en papel De ponte y Super Alfa de Guarro, con cinco grabados al carbóndum y cuatro intaglios de Raymundo Sesma, en edición de 140 ejemplares, numerados y firmados, de Papeles Privados, en México, 1996.

La feria

La feria (1963) es la única novela de Arreola y fue su despedida de la literatura escrita. Su tema es Zapotlán el Grande, tierra de su autor. Cuenta la historia y la vida del pueblo deteniéndose sobre todo en los conflictos de los naturales para recuperar sus tierras; en los grandes temblores que destruyeron el pueblo; en los azares de la organización de las fiestas de octubre en honor de San José, el santo patrono; en la aventura agrícola de un zapatero que se mete a agricultor; en las maliciosas confesiones de un muchacho; en las aventuras de las mujeres de vida alegre que regentea María la Matraca, con la singular historia de Concha de Fierro y el torero Pedro Corrales; en los amores adolescentes y los afanes culturales del Ateneo Tzapotlatena con la poetisa Alejandrina; en las historias de muchachas robadas y abandonadas; y en el castillo pirotécnico de don Atilano, incendiado por unos desalmados. El resultado con que se van hilvanando los diferentes hilos y el lenguaje popular de la región, funcionan con naturalidad. Hay frecuentes citas y trasposiciones de los profetas bíblicos y de los *Evangelios apócrifos* así como de documentos históricos (Sara Poot Herrera, *Un giro en espiral. El proyecto literario de Juan José Arreola*, Universidad de Guadalajara, 1992, pp. 188-209) En suma, Juan José Arreola escribió un hermoso y animado homenaje a su tierra natal.

Talleres, televisión y obras menores

En los años siguientes a *La feria*, Arreola dejó de publicar libros formales. Sin embargo, no se apartó de la literatura. Se ocupó de sus Talleres Literarios y, de cuando en cuando, en entrevistas periódicas y en coloquios contó su vida y sus ideas literarias. Y poco a poco lo fue absorbiendo la televisión y la radiodifusión que supieron aprovechar su simpatía, su capacidad para hablar con chispa e ingenio de todo lo divino y lo humano. Fue una dura tarea. Recorrió en un carruaje especial la República, viajó por el mundo e hizo una serie de conversaciones con Antonio Alatorre sobre temas literarios. Confieso que sólo lo he visto y oído en la tele pocas veces, pero recuerdo que don Daniel Cossío Villegas, crítico temible, poco antes de morir en 1976, me habló con admiración de los programas de Juan José. La tele le dio fortuna aunque le alentó su propensión al despilfarro. Y si a sus lectores nos hizo perder nuevos libros suyos, muchos millares de televidentes y radioescuchas disfrutaron del ingenio y el don verbal de Juan José Arreola.

Sin embargo, algo quedó impreso de estos años. En homenaje a los libros de lectura escolares, que, a Juan José Arreola y a mí —pues compartí con él las primeras escuelas de Zapotlán— nos hicieron descubrir y amar las letras escritas, el 1968 Arreola publicó la antología *Lectura en voz alta*, para despertar a los niños y los adultos el gusto por la literatura.

Arreola ha tenido la virtud de conquistar admiradores, admiradoras y discípulos. Uno de ellos, Jorge Arturo Ojeda, formó en 1969 una antología de cuentos de nuestro autor, precedidos por un extenso y minucioso estudio sobre su obra. Y el mismo Ojeda tuvo el acierto de recopilar, de entrevistas, declaraciones, coloquios y cursos, la que llamó “prosa oral” de Arreola en dos libros muy interesantes. El primero se llama *La palabra educación* (Septentinas, 90, México, 1973) y está dividido en los siguientes incisos: Vida, Cultura, Conciencia, Los jóvenes, El Maestro y Palabra. En uno de sus textos, dice Arreola:

Pertenezco al género profesional. Soy un hombre que busca confidente [...] Quiero morir sin que haya quedado oculta una solo de

mis acciones. Entre sacerdotes de la infancia y médicos de la juventud, y amigos y amigas de todas las épocas, está mi vida hasta lo más vergonzoso. Todavía me queda esta última camiseta... hasta el hueso, pues.

La otra recopilación de la "prosa oral" de Arreola se llama *Y ahora, la mujer...* (Utopía, México, 1975.) Es uno de sus libros más hermosos, por su sinceridad y agudeza. A modo de presentación, lleva un retrato de Arreola, escrito por una muchacha dibujante y pintora, que concluye así:

Los gestos angulosos dibujan actitudes de inteligencia. La delicadeza de su estructura ósea es responsable de una expresión corpórea en descomposición dramática: su esbeltez trae reminiscencias del ámbito teatral. Juan José Arreola se convierte en su propio espectador, asiduo y extasiado.

Bajo el título de *Inventario* (Grijalbo, México, 1976) reunió Arreola los artículos que escribió para el periódico *El Sol*, de la ciudad de México. Son reflexiones sobre temas varios o cuestiones del día o bien traducciones de páginas destacadas o relatos de experiencias singulares. En una de ellas (p. 151) relata su visita a Louis Jouvet, en París, quien le abre las puertas para que conozca el mundo del teatro francés de aquellos años. Y en otra página hay un recuerdo emocionado de Eugenio Ímaz, el filósofo español, entonces recién muerto en Veracruz.

Debemos a Arreola tres buenos estudios literarios. Su prólogo a los *Ensayos escogidos* de Montaigne (Nuestros Clásicos, 9, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959) muestra su familiaridad con la obra del creador del ensayo moderno; el "Posfacio" que escribió para *Personae* de Ezra Pound, con traducciones de Guillermo Rousset Banda (Editorial Domés, México, 1981) es una aguda reflexión sobre la validez de la poesía de Pound; y, en fin, el libro llamado *Ramón López Velarde. Una lectura parcial* (Fondo Cultural Bancen, México, 1988), publicado en ocasión del centenario, ofrece comentarios acerca de la obra del poeta que ha sido afición entrañable de Arreola. Se publicó también una prolongación de este libro: *Ramón López Velarde: el poeta, el revolucionario* (Alfaguara, México, 1998).

Hay otros tres textos de Arreola, dispersos. Un “Lara imaginario”, con que contribuyó a un libro notable, por el interés de sus textos: *Agustín. Reencuentro con lo sentimental*, coordinado por Eugenio Méndez Docurro, (Domés, México, 1980, pp. 41-62). Éste es uno de los varios textos valiosos de este libro. El segundo no tiene título, pues Felipe Garrido, que lo recogió de su primera publicación en la revista que hacía Luis Spota, *Espejo* (México, cuarto trimestre 1968, con ilustraciones) lo mantuvo como “Un texto inédito”, en *Narrativa completa*. Arreola (Alfaguara, México, 1997, pp. 487-495).

Es un divertido y atroz relato de un incidente erótico-cinematográfico, en una filmación de Fando y Lis, de Alexandro Jodorowski, al que se refiere Arreola en *El último juglar* (p. 388) como una de las causas de su exclusión del Colegio Nacional. Y el tercero y último es un fragmento de las legendarias conversaciones de Jorge Luis Borges y Juan José Arreola, en el castillo de Chapultepec, el 10 de febrero de 1978, en un programa que se transmitió por el canal 13. Las llamo legendarias pues se decía —creo que por el mismo Juan José— que Televisa perdió muchas horas de estas conversaciones. El fragmento publicado se llama “Ya me estoy yendo, Borges”, y a raíz de la muerte de Arreola se publicó en *Reforma. Cultura*, (4 de diciembre de 2001, p. 2), y se refiere a San Agustín, al Sufrimiento, a “Nada es uno” y “Sobre la melancolía”. En fin, hacia estos años, Juan José tuvo una serie de conversaciones radiofónicas con Tere Vale que al parecer se han grabado y que me prometieron enviarme.

En *El último juglar*, Juan José se refiere a sus obras pictóricas que realizó y expuso en julio y agosto de 1969 en la galería Eduard Munch (Reforma 489) con el título *Eros cosmogónico*, con este epígrafe: “El cuerpo de la mujer es el lenguaje que entiende mejor el Espíritu del Hombre.” No recuerdo haberla visto, aunque tengo el cartel de anuncio, ni conozco ninguna de estas obras de Juan José, salvo las que se publican en *El último juglar*. Al parecer se vendieron todas. ¿Quiénes las tendrán?

En la colección Voz Viva de México, de la UNAM, número 12, hay un disco con la voz de Juan José Arreola leyendo textos de *Confabulario*, presentado por Antonio Alatorre con un notable estudio.

Además de las ediciones originales de sus libros, existe una serie de cinco volúmenes de *Obras* de J. J. Arreola, que editó Joaquín Mortiz en 1971 y 1972.

La editorial Universidad de Guadalajara ha publicado un libro importante sobre la obra de Arreola: Sara Poot Herrera, *Un giro en espiral. El proyecto literario de Juan José Arreola* (1992).

Las memorias: Memoria y olvido

A pesar de que, gracias al empeño de un universitario jalisiense, a partir de los años noventas, Arreola se vio rodeado de las comodidades y recursos necesarios para que reanudara su obra escrita, nada se logró. Tampoco lo animó a romper su silencio de escrituras el Premio Internacional "Juan Rulfo", que recibió en 1992. Felizmente, el novelista Fernando del Paso, también residente en Guadalajara, tuvo la idea de grabar las conversaciones que tuvo con Juan José narrando su vida, y así surgió *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947)* (Memorias Mexicanas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994). Es un libro encantador y el de lectura más grata de los últimos años.

¿Cuál es el secreto de este encanto? Me parece que, por una parte, ha sido la avidez fantasiosa de su vida misma que lo llevó a lecturas y experiencias de variada índole, junto con su imaginativa familia: ajedrez, circos caseros, bicicletas, motos, películas francesas, el tío José María, los juegos aztecas de la primaria, pastorelas, felojos, máquinas de escribir, plumas fuentes, papeles e imprentas, comidas, el tío Genaro y el diablo, los temblores, la implantación del espíritu en la materia, encuadernaciones, amor por la forma, prestigio de los nombres, trajes singulares, sombreros, vinos, los nombres de telas, la mujer, la ebanistería, los toros y la mancuerna Rulfo-Arreola.

El relato central de *Memoria y olvido* es el del viaje que emprende a París, inmediatamente después de la segunda guerra, gracias a la invitación que le hace en Guadalajara el actor Louis Jouvet. Éste lo recibe, le da una tarjeta que le dará acceso a los teatros y le consigue trabajo en la Comedia Francesa. En la Embajada de México en París, Rodolfo Usigli y Octavio Paz lo acogen amisto-

samente y lo hacen conocer el gran mundo intelectual. Todo es, pues, favorable salvo los nervios de Juan José Arreola y su incapacidad de alimentarse normalmente, lo que al fin lo obliga a dejar París y a volverse a México. Las historias que cuenta de Usigli son atroces, a causa de su irascibilidad y su gusto por las polémicas: sus celos por la acogida de Gabriela Mistral a Arreola, su pleito con Paul Eluard, su impertinencia frente a Julien Benda, su mala suerte con George Bernard Shaw y su pleito con un inspector del Metro.

El otro motivo del encanto es el estilo narrativo de Arreola. Es una alegría sensual por las cosas y por las palabras que las nombran, una fascinación por el verbo transfigurador de la poesía, una sensibilidad de desollado que lo hace maravillarse y estremecerse ante todo lo divino y lo humano, y el arte de saber comunicárnoslo. Recordemos que este tomo de *Memoria y olvido* llega apenas a 1947 y que falta por narrar medio siglo de la vida de Juan José Arreola.

El último juglar

La segunda parte de las memorias de Arreola estuvieron a cargo de su hijo, Orso Arreola, quien las llamó *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola* (Diana 1998). Esta primera aparición literaria de Orso está bien lograda a pesar de que sea una obra irregular.

Comprende treinta años de la vida de Juan José, de 1937, en que llega de Zapotlán a la ciudad de México, a 1968, “el año cruel”. Y está formada por diarios escritos en su juventud, cartas y relatos de su vida que le hizo el padre a su hijo, ordenados en cuatro libros y un epílogo. Bien ilustrado, con abundantes fotos del fotogénico Juan José, de sus padres, de sus doce hermanos, seis hombres y seis opulentas muchachas, de algunos amigos y de sus actuaciones teatrales. En una de las fotos más antiguas de este libro, la de 1926 —acaso de 1925—, del cuarto año de primaria en el Colegio Renacimiento de Zapotlán, de niños de siete u ocho años, aparecen Rafael y Juan José Arreola y quien esto escribe.

Los diarios y cartas de Juan José de sus primeros años tienen esa desolación plana habitual en estos textos. Las cosas comienzan

a animarse con los relatos de “Pablo Neruda en Zapotlán”, las revistas *Eros y Pan*, que hace junto con Antonio Alatorre, “mi amigo, mi hermano”; “Juan Rulfo y yo: la yunta de Jalisco”, y la historia del viaje a París invitado por Louis Jouvét, ya contada en el tomo anterior de memorias. El capítulo siguiente, “Rodolfo Usigli y Octavio Paz en París” (pp 238 y ss), es turbio pues Orso hace aparecer a Octavio como malqueriente de los republicanos españoles, lo que no es cierto y se contrapone con la imagen del poeta que aparece en el tomo anterior *Memoria y olvido*.

El libro Tercero es el mejor. Se refiere a los años que van de 1946 a los finales de los cincuenta. Son de los años más fecundos de Juan José, no como escritor sino como promotor cultural. En estos años es editor de *Los Presentes*, cuadernos y libros, de los *Unicornios* y de la revista *Mester*,² que junto con sus talleres literarios, tanto contribuyeron a la formación y a la difusión de la joven literatura; su amistad divertida con Ernesto Mejía Sánchez y José Durand, en torno al Colegio de México; dos joviales amigos mayores, Carlos Pellicer y Agustín Yáñez; y la creación y la difusión artística como juego en Poesía en Voz Alta y en La Casa del Lago. De esta época, destaco las siguientes perlas: el artículo de José Agustín sobre “El taller literario de Arreola”, antes citado, y ampliado en el *Magazine de Reforma* (2 de diciembre de 2001); y del libro comentado, la preciosa foto de Juan José, con calzas de colores y gorro de punta, como “El último juglar” (p. 314); la excepcional carta de Julio Cortázar a Juan José Arreola sobre la técnica del cuento y los aciertos de Arreola (pp. 289-292):

² Oscar Mata acaba de realizar, con mis colecciones, una minuciosa investigación de “Arreola editor”, en la que estudia los 54 números, 1954-1961, de *Los Presentes*, libros; los 9, 1950-1953, de las plaquettes homónimas; los 28 (1958-1959) de las plaquettes de *El Unicornio*, y los 12 números (1964-1967) de la revista *Mester*, y asimismo de los libros fuera de series: *La puerta de los clavos* de Eduardo Rodríguez Solís (1966) y *Las Décimas de Santa Rosalía*, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte, del padre Juan José de Arriola del siglo XVIII (1955) y tres plaquettes: *Visitaciones* de Guillermo Fernández (1966), *Oscura palabra* de José Carlos Becerra (1963) y *12 poemas* de Arturo Guzmán (1964).

Ahí está la burrada sin perdón —dice Julio—, creer que un cuento, que es el diamante puro, puede confundirse con la larga operación de encontrar diamantes, pues eso es la novela. No me gustan las fórmulas, pero me parece que aquí tengo razón: un cuento siempre es un vellocino de oro, y la novela es la historia de la búsqueda del vellocino.

Y la honesta relación que (pp. 294-295) hace Juan José de sus amores, hacia los años cincuentas, con tres Elenas, con Tita (pp. 364-365), con María Luisa, y con Camille, de la que no tenía noticia y que aparece en el segundo viaje a París, en 1966.

Recojo, en fin, un testimonio de Juan José Arreola:

Yo soy el actor de mí mismo, inventé mi propio personaje y me moriré con él, yo soy el otro que nunca ha estado contento consigo mismo, soy el que se quedó en el espejo mirándose el rostro y ya no pudo salir de él, he sido para bien o para mal mi propio espectáculo. (*El último juglar*, p. 373).

Como en todos mis viajes a Guadalajara, a fines de noviembre de 2001 fui a saludar a Juan José, doliente sin habla desde hacía tres años, él que había sido el mago de la palabra. Claudia su hija me contó que a veces le volvía la voz. Yo le conté historias de aquí y allá, pero sólo conseguí una mirada intensa y algunos gruñidos. Sus libros, sus cuadros, sus chácharas brillaban de limpios, bruñidos por el amor familiar, y sus rizos plateados seguían siendo hermosos. El lunes 3 de diciembre de 2001 se nos fue el que había sido un hablador memorable, un generoso animador cultural y el mejor prosista de una tierra de grandes escritores.

(10-XII-2001)